

to, en «Himnos americanos y extravío: 'Cordillera', de Gabriela Mistral» (140-148). Estrofa a estrofa, el profesor Goic examina el himno, destacando «la presencia única, enorme y fascinadora de la cordillera, como cifra de la unidad de los pueblos de la América andina».

Este reencuentro con Gabriela Mistral constituye un magnífico aporte a la bibliografía de nuestro primer Nobel. Una subyacente unidad atraviesa las presentaciones, estableciendo puntos de contacto, ampliando ideas, incidiendo en aspectos olvidados, no tocados por la crítica. Barnard College ha más que saldado una cuenta con la profesora visitante de Literatura y Cultura Hispanoamericanas que en 1930 enseñara en sus aulas.

PEDRO BRAVO-ELIZONDO

Wichita State University.

DAVID TURKELTAUB: *Ganymedes/6: Una panorámica de la poesía chilena actual*. Santiago: Ediciones Ganymedes, 1980.

Superan la decena las antologías de poesía chilena aparecidas en estos últimos siete años. Publicadas en el país, conocemos cuatro: Alfonso Larrahona, *Valparaíso en la poesía* (1973); Matías Rafide, *Poetas de la región del Maule* (1973); Nina Donoso, *Poesía femenina chilena* (1975), y Francisco Santana, *Evolución de la poesía chilena* (1976). En el exterior todas llevan ese especial carácter que les confiere el ser editadas en situación de exilio: Sergio Macías, *Los poetas chilenos luchan contra el fascismo* (Berlín, 1977); Varios, *Chile: poesía de las cárceles y del destierro* (Madrid, 1978); Ignazio Delogu, *Il sangue e la parola* (Roma, 1978); Omar Lara y Juan Armando Epple, *Chile: poesía de la resistencia y del exilio* (Bucarest, 1978); Varios, *Prosa y lírica de artistas chilenos en el exilio* (Berlín, 1978); Silverio Muñoz, *40 poemas de 8 poetas chilenos nacidos en los 40* (Maryland, 1979). Soledad Bianchi y Raúl Silva Cáceres, una en Madrid y el otro en Estocolmo, tienen anunciadas sus respectivas muestras: de poetas chilenos jóvenes, la primera; de «la Resistencia», el segundo. Sumado esto al material que entregan publicaciones periódicas, como *La Bicicleta*, de Santiago; *Araucaria*, de Madrid, y *Revista de Literatura Chilena en el Exilio*, de Los Angeles, California, se cuenta con un volumen caudaloso que, al interesado, le permite mantenerse al día sobre la producción poética chilena de los últimos años.

Naturalmente que las antologías cuyos títulos hemos recordado son muy desiguales entre sí, según corresponde tanto a la variedad y riqueza de los textos disponibles en cada caso como a los criterios de selección y a la posibilidad misma de acceso a lo producido en una u otra realidad de una literatura escindida como es la del Chile de hoy.

Mérito señalado de la que reseñamos es, precisamente, haber intentado trazar una panorámica —así la concibió su autor— que considera tanto a poetas que viven dentro como fuera del país. Por razones comprensibles, este último grupo es el que aparece menos representado: si bien los cuatro que recopila —Gonzalo Rojas, Pedro Lastra, Oscar Hahn y Gonzalo Millán— son todos nombres indiscutibles, es claro que se echa de menos a muchos otros, entre los que cabría recordar a Roberto Bolaño, Hernán Castellano, Humberto Díaz-Casanueva —del que toda antología debe incorporar ahora, imperativamente, muestras de su último gran libro, *El hierro y el hilo* (Toronto, 1980)—, Ariel Dorfman, Eduardo Embry, Ma-

nuel S. Garrido, Manuel A. Jofré, Omar Lara —cuya última obra, *Islas flotantes* (Bucarest, 1980) es, ciertamente, notable—, Hernán Lavín Cerda, Sergio Macías, Hernán Miranda, Bruno Montané, Naín Nómez, Waldo Rojas, Federico Schoph, Jaime Valdívieso, Sergio Vecely, Francisco Viñuela y tantos, tantos otros. Estas omisiones se explican por el hecho de que las medidas adoptadas en Chile por la censura —editorial y postal— tienen un grado de eficacia mayor de la que muchos creen.

El modo en que procedió David Turkeltaub fue el de solicitar a una veintena de poetas, cuya obra le parecía representativa, sus textos más recientes. Aunque no todos accedieron a aparecer, el resultado es óptimo, ya que cumple no sólo con el propósito de ofrecer un enfoque de lo que hoy están haciendo parte de los poetas chilenos, sino que también confirma dos de las proposiciones que el antologador formula en su prólogo: «Que la poesía chilena moderna es uno de los hechos literarios más importantes del mundo de habla hispana, y que la actual situación del país ha estimulado en ella desarrollos imprevistos y aguzado su creatividad» (pp. 8-9). Esto último es lo más importante, y un estudio crítico serio y extenso de la poesía chilena de los últimos años —aún no emprendido por nadie— deberá tenerlo como eje de sus consideraciones.

A poetas conocidos —Alberto Rubio, Enrique Lihn, fuera de los cuatro ya nombrados—, la antología suma otros de menor comercio con públicos foráneos al chileno, pero que, a juzgar por lo que de ellos escasamente circulaba antes, y sobre todo por las muestras que el volumen aporta, revelan el buen tino del antologador al seleccionarlos: Cecilia Casanova, Manuel Silva, Claudio Bertoni, Rodrigo Lira, Raúl Zurita —a cuyo libro inédito, *Las utopías*, del que hay muestras en esta antología, Gonzalo Rojas juzga como una de las obras más importantes de la poesía chilena de muchos años—, Paulo Jolly, Leonora Vicuña, Armando Rubio —joven poeta muerto en extrañas circunstancias a poco de comenzar a circular este volumen, malográndose así una de las figuras más notables de la lírica chilena reciente—, Mauricio Electoral y el propio Turkeltaub, director de la editorial Ganymedes, en cuyo tercer volumen había publicado hace menos de una año *Hombrecito verde*.

Imposible comentar aquí cada texto. Digamos tan sólo que el volumen en su conjunto, a una variedad temática relativamente amplia, suma una diversidad de lenguajes, que va desde el discurso lírico constreñido, escueto, apretado, de un Armando Rubio, al aliento épico de un Zurita, pasando por el soneto de corte clásico, redondo, en la mejor línea de tradición barroca hispánica siempre viva en Chile de Alberto Rubio y Leonora Vicuña. Sin concesión alguna al divertimento, pero tampoco en la zona del panfleto facilón, se desprende una mirada amarga, a veces irónica, siempre fuertemente crítica de una circunstancia dura, como es la que ha constituido la estructura englobante, generadora de todos estos textos.

Como ejemplos representativos —sobre todo, decíamos, de lo que se escribe en Chile—, este volumen de la colección Ganymedes, una de las empresas editoriales de mayor vigor en Chile, en la que han aparecido libros de Parra, Lihn y Edwards, merece una amplia circulación. Aun de esos poetas, con los que todo lector hispanoamericano está familiarizado, ofrece textos sorprendentes de su producción más reciente, impidiendo así que se les aprecie sólo por una obra que —aquí se comprueba— no se había terminado con lo que de ellos se conocía. Así Gonzalo Rojas con dos poemas excelentes de su paso neoyorquino y otro del instante de la salida última del país natal; así Lihn y Oscar Hahn. De este último, por ejem-

plo, cuya segunda edición de *Arte de morir* (Nascimento, 1979) sólo había aumentado en cuatro los poemas de la anterior de Hispamérica, hay ahora tres textos nuevos que revelan precisamente esa continuidad y diversificación con la obra antes divulgada. Esto lo vemos también en un Enrique Lihn, ahora marcadamente acusador, hasta en los títulos de sus nuevos poemas («Migratorios», «Alicia en el país de las pesadillas», «Que los muertos no entierren a sus muertos», «Los peregrinos de Emaús», «La disputa», que termina así: «Dichosos tiempos aquellos en que la disputa era un arte / y no una redada policial», índice del temple dominante en el sujeto lírico de todos estos poemas).

En síntesis, antología importante, pero que revela en sus mismas limitaciones las dificultades que existen hoy por hoy de cumplir adecuadamente con un proyecto de presentación panorámica de *toda* la poesía chilena en sus autores más representativos.

MARCELO CODDOU

*Barnard College.*

LUCÍA FOX-LOCKERT: *Women Novelists in Spain and Spanish America*. Metuchen, N. J. & London: The Scarecrow Press, Inc., 1979.

Si bien la Revolución francesa marca el comienzo de la modernidad entronizando el papel del hombre en la fabricación de su destino, vale recordar que cuando los pensadores ilustrados empleaban la palabra «hombre» no lo hacían en un sentido genérico —ella aludía únicamente al sexo masculino—. En las obras de Locke, Montesquieu y Rousseau, la referencia a los derechos, labor y participación de la mujer en la sociedad del futuro fue inconsistente. En sus escritos, los ilustrados no dieron marco teórico a los derechos de la mujer; al contrario, a excepción de Condorcet, las menciones a ellos fueron inconsistentes y miscelánicas. La mujer participó en la lucha, pero ello no garantizó su presencia en las nuevas teorías de gobierno y de los derechos ciudadanos postuladas por los iluministas. La historia se repetiría en el México posrevolucionario. Así, la errada noción de que las mujeres no debían participar ni en política ni en el proceso de hacer decisiones quedó intacta; libertad, igualdad y fraternidad se reservaron exclusivamente para los varones. La casa siguió siendo el campo de acción de la mujer, y la dependencia, primero de los padres y después de los cónyuges, su destino. En los Estados Unidos ya Abigail Adams había pedido la limitación del «tiránico» poder del marido sobre su esposa a los primeros legisladores de la república. En las colonias inglesas regidas por el *common law*, una vez que contraía matrimonio, la mujer quedaba sujeta a la ley de *coverture*; es decir, su identidad quedaba «cubierta» por la de su esposo, que asumía el control de sus propiedades y hablaba por ella en el campo político [véase Linda K. Kerber, *Women of the Republic. Intellect and Ideology in Revolutionary America* (Chapel Hill: Institute of Early American History and Culture, 1980)]. La aceptación de estas leyes asumía la carencia de juicio femenino: las mujeres eran seres política y legalmente irresponsables. El derecho al divorcio pronto se perfiló como una causa femenina simplemente porque muchas más mujeres que hombres lo reclamaban. Hasta no conseguirlo, la viudez o la muerte fueron las únicas vías de liberación para las mujeres víctimas de tales maridos.

*Women Novelists in Spain and Spanish America*, donde Lucía Fox-Lockert exa-